



Eurasianismo

Una corriente no tan exótica

Russian Eurasianism. An Ideology of Empire

MARLÈNE LARUELLE

Woodrow Wilson Center Press, Washington D.C.

The Johns Hopkins University Press, Baltimore

2008, 2012; 276 páginas

ISBN 978-0-8018-9073-4



Marlène Laruelle, historiadora, socióloga y politóloga es una de las mayores expertas en ese concepto tan escurridizo que es el eurasianismo. Por ello, este manual resulta tan útil como obra de síntesis: en menos de 300 páginas el lector encuentra abundante información sobre la evolución de la idea y sus autores, así como hipótesis de enfoque de la problemática. En conjunto, resulta de especial interés la diferenciación que hace la autora entre el eurasianismo de los años veinte y treinta del siglo pasado y el actual neo-eurasianismo, como insiste la autora en denominarlo.

La primera tendencia se remonta a 1921, cuando la guerra civil rusa estaba dando sus últimos coletazos. Por entonces, el núcleo de exiliados blancos en Sofía publicó una colección de artículos agrupados bajo el título común de *Éxodo hacia el Este*, aunque debido al significado polisémico del verbo “исход” (“ishod” o “isjod”), podía traducirse también como “salida” o “solución”¹. Comenzaba así a manifestarse el fenómeno eurasianista, que superaba los planteamientos más instrumentales de los orientistas (восточники – *vostochniki*) rusos del siglo XIX, que incluían a algunos paneslavitas y abogaban por la expansión rusa hacia en dirección a Asia; con todo, en los escritos de algunos, como Vladimir Laman-ski o Konstantin Leontev ya se adelantaba que el destino de Rusia estaba en Ori-

¹ Laruelle (2012): pp. 19-20

ente, tanto por su posición geográfica como por la necesidad de superar y desafiar la centralidad del mundo occidental².

El eurasianismo promovido en los años veinte expresaba la frustración de toda una serie de jóvenes intelectuales del exilio ruso obligados a abandonar su país, pero que no reconocían como suya la cultura europea de acogida. Incidía en ese sentimiento la humillación ante la derrota de los blancos y el deseo de entender la nueva realidad de la madre patria e incluso de seguir en contacto con ella³. La corriente tenía un punto de resignación ante los hechos consumados: dado que Rusia había cambiado definitivamente, sólo quedaba el acercamiento a la nueva realidad de la Unión Soviética. De hecho, uno de los núcleos eurasianistas, el de París en torno a la revista *Evrassia*, y el de Bruselas, terminarían basculando hacia el marxismo. Esta actitud no era expresión de oportunismo o transfuguismo: surgía de la conclusión de que la nueva Rusia comunista estaba cumpliendo la misión histórica y civilizadora de la vieja Rusia, como potencia eurasiática. Por ello, la vía al retorno y la reconciliación quedaba abierta y de hecho algunas figuras menores del movimiento se atrevieron a ello.

Aún así, el eurasianismo no era esencialmente pro-bolchevique, sino un movimiento nacionalista básicamente intelectual centrado en la reivindicación de lo más tradicional y esencial de la esencia rusa como enraizada en las estepas asiáticas, y reivindicando las herencias culturales de los pueblos que habitan allí – tártaros, mongoles y túrquicos- así como la simbiosis con la geografía de una Rusia que era la encarnación de Eurasia. El resultado de todo ello, como rezaba una fórmula apócrifa, “Rusia iba del capitalismo como tesis y el comunismo como antítesis a la síntesis del eurasianismo”⁴.

Aunque algunos “padres fundadores” como Peter Savistki continuaron en la brecha durante años, el sarampión de la primera generación eurasianista se extinguió a comienzos de los años treinta, quedando casi completamente olvidada. Sin embargo, rebrotó con fuerza sesenta años más tarde, tras el hundimiento de la Unión Soviética y, más precisamente, tras el fracaso de la experiencia neoliberal de la era Yeltsin. Las razones eran fáciles de entender: el capitalismo entendido a la manera americana no había servido para Rusia: sólo había generado crisis y pobreza, arruinando a la naciente clase media y envileciendo al país, ya humillado por la autodestrucción de la Unión Soviética. El eurasianismo parecía cumplir una vieja profecía, lanzada precisamente durante los años triunfales del

² Esta presentación del eurasianismo histórico a partir de Laruelle procede de la obra de Veiga, Martín y Sánchez Monroe (2017): pp. 598-601

³ Laruelle (2012): p. 47

⁴ *Ibíd.*, p. 28

nuevo régimen soviético: algún día se haría evidente la existencia de la misión rusa que trasciende al viejo Imperio, la civilización soviética y el estado sucesor que surja de su decadencia. El comunismo no había sido un ideal, sino un método administrativo, pero la Rusia soviética había terminado por distanciarse de Occidente reuniéndose con Oriente y preparando el advenimiento de la era eurasiánista.

Se encontró el vínculo ideológico que unía al viejo eurasinismo de los años veinte con la nueva Rusia de los noventa: el historiador y etnógrafo Lev Gumilev, estudioso de los pueblos nómadas y teorizador de la denominada etnogénesis. En puridad, su pertenencia al movimiento eurasiánista es discutida, a pesar de un nutrido intercambio epistolar con el teórico del eurasianismo Peter Savistki, en 1956, durante la detención de éste en la Unión Soviética. Pero tras una vida de detenciones y marcaje académico de sus trabajos, bajo el régimen soviético, le sobrevino la popularidad bajo la *perestroika* lo convirtió rápidamente en un gurú incuestionable, coronado como “último eurasiánista”. Tuvo tiempo de publicar algunas obras con mayor carga teórica que los estudios académicos que había completado con anterioridad, antes de fallecer en 1992, accediendo al panteón de los mitos.

Existe en Rusia el rumor de que Vladimir Putin conoce bien las ideas de Gumilev por haber frecuentado un grupo de estudio sobre el pensamiento de este autor. Incluso se dice que lo llegó a conocer⁵. Para mantener unidad y equilibrada esta síntesis sin echar mano del radicalismo nacionalbolchevique –el manejo de la ultraderecha y la “tercera vía” quedan en manos de esa figura de quita y pon que es Alexandr Dugin- Putin se apoya cada vez más abiertamente en las argumentaciones eurasiánistas. De un lado se implica cada vez con mayor determinación en la gran crisis oriental del cambio de siglo, con la pacificación de Chechenia –convertida en una república fundamentalista aliada de Moscú- la participación rusa en las guerras de Georgia (2008) y el Donbass (2014-2015), la anexión de Crimea (2014) y la participación en la guerra de Siria (2016) . De otra parte, hace realidad el viraje de la política rusa hacia Asia (2012), que se concreta en el proyecto de la Unión Económica Eurasiática (Евразийский экономический союз, ЕАЭС) establecida oficialmente el 1 de enero de 2015.

El discurso eurasiánista –pasando por encima de su gran complejidad y diversidad- sirve, finalmente, para cerrar la brecha histórica que supuso la traumática desaparición de la Unión Soviética en 1991. El mensaje es que se ha restablecido el contacto con la línea histórica de Rusia, no hay ruptura, no hay frustración. En el Donbass pueden seguir entremezclándose unidades de voluntarios rusos con

⁵ Eltchaninoff (2016): p. 114

banderas rojas e imperiales; en Occidente Rusia puede seguir siendo el faro de la nueva ultraderecha o ilusionar a los nostálgicos de la izquierda comunista radical.

A partir de ahí, Laruelle dedica la mayor parte del libro a analizar las corrientes del neo-eurasianismo y a dilucidar si bajo esa denominación existe hoy en día un tronco común o por el contrario actúa como una cobertura o comodín para corrientes ideológicas diversas. Por ejemplo, partidos islamistas en la Federación rusa que intentan contrarrestar su estatus minoritario presentándose como eurasiánistas. Más allá del espacio ex soviético, los eurasiánistas turcos recurren a esa ideología como medio de solventar el dilema entre la aspiración a pertenecer a la Unión Europea y la islamización de la sociedad turca.

Más importante para esta reseña y este monográfico son, si cabe, las reflexiones de Laruelle sobre los límites políticos del eurasiánismo actual, que no se ajustan a la visión periodística del fenómeno que se tiene desde Occidente. Afirmar sin más que el eurasiánismo es una forma específica de ultranacionalismo entendido a la rusa, es abusivo. Dado que no existe una corriente dominante, depende de los autores que han desarrollado la idea en los últimos años. Pero sí que hay unos trazos genéricos que la autora pone de relieve. Uno muy significativo es la desilusión con la modernidad que expresa el neo-eurasiánismo, surgido del fracaso del régimen soviético y de las reformas neoliberales que siguieron a partir de 1990. Esa perspectiva pesimista e incluso desesperanzada es ajena a la del primer eurasiánismo, casi un siglo anterior.

Pero, a la vez, el neo-eurasiánismo resalta como un movimiento moderno contra el panorama de la derecha conservadora rusa, con sus nostalgias zaristas, la antigua mitificación del mundo campesino y los excesos eslavófilos. El neo-eurasiánismo se ve a sí mismo como un nacionalismo sereno y repetible, ilustrado, favorable al autoritarismo pero republicano y secular, respetuoso con diversidad religiosa y cultural en al era de la globalización. Incluso Dugin, que representa el ala más radical y hasta revolucionaria, el más específicamente neo-fascista, en suma, aboga por un proyecto nacionalista que debe ser “intelectual, correcto y presentable”⁶.

Este análisis resulta de gran utilidad para entender el conjunto de la nueva ultraderecha europea, incluida con frecuencia en el universo de los populismos, tomando restadas (o en propiedad) ideas o actitudes de la izquierda radical. El “maridaje populista” puede recordar, según los casos, una versión políticamente

⁶ Cit. en Laruelle (2012): p. 211

correcta e inatacable de la alianza rojo-parda de los neobolcheviques rusos aliados con la ultraderecha, a comienzos de los años noventa del siglo pasado. Los rusos, por su parte, desde Gumilev a Dugin, pasando por Panarin, hablan de la simbiosis de culturas y religiones, condenando los sentimientos de superioridad nacional y defendiendo el derecho a diferir. Pero hay otras actitudes ideológicas que los emparentan con la nueva ultraderecha europea: la defensa de cierta “pureza” nacional, la necesidad de una cierta endogamia y sobre todo, la transubstanciación del antiguo concepto “raza” al nuevo de “cultura”. Así que, según Laruelle, “existe un diferenciado y menos conocido racismo, que puede ser denominado diferencialismo. Esta variedad no está interesada en la clasificación de razas a partir de una escala de valores; lo que cuenta no es su desigualdad sino su inconmensurabilidad. Allí donde el racismo clásico es heterofóbico, el racismo diferencialista es heterofílico, porque aprecia otras culturas, pero es mixofóbico, porque rechaza la idea del mestizaje”⁷.

En definitiva, el análisis de la actual ultraderecha ya no pasa necesariamente por regresar una y otra vez a los referentes históricos del nazismo y el fascismo, intentando actualizarlos y aplicarlos a grupos-museo que pretenden retener la parafernalia y el discurso de hace ochenta años. Es cierto que esos grupos tienen una evidente presencia en algunos países –por ejemplo, en Hungría, Polonia, Eslovaquia, Croacia, la misma Rusia- pero en Europa occidental son más bien minoritarios y lo que predomina es la nueva variante culturalista y democratizante, aunque susceptible de radicalizarse en el poder o en competencia con la izquierda. Desde ese punto de vista, el estudio de Marlène Laruelle nos muestra un eurasionismo que tras una fachada exoticista ayuda a entender mejor los mecanismos internos de la actual ultraderecha europea.

Referencias

Eltchaninoff, Michel (2016), *En la cabeza de Vladimir Putin*, Libbooks, Barcelona

Laruelle, Marlène (2012), *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*, Woodrow Wilson Center Press, Washington D.C.; The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2008, 2012

Veiga, Francisco; Martín, Pablo; Sánchez Monroe, Juan (2017), *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Alianza Editorial, Madrid

⁷ *Ibíd.*, p. 213